

EL ENCUADERNADOR GALVÁN

MÁS QUE SASTRES SOMOS MÉDICOS DE LOS LIBROS

Dibujo y sensibilidad son indispensables en nuestra artística profesión



EN el taller de don José Galván Rodríguez las horas pasan sin sentirse. Uno se encuentra aquí maravillado y observa que le faltan ojos para poder detenerlos en la contemplación de tanta belleza y de tanta obra bien hecha. El señor Galván, siempre escoltado por sus hijos, prosigue la tarea. Y la charla. Me dice:

—La encuadernación tiene su origen a fines del siglo IV. A partir de entonces, ese arte, nacido para proteger al libro, es objeto de constante superación, dada la altísima importancia y responsabilidad

recubren de piedras preciosas y los Cristos, desnudos, mueren a las puertas de las iglesias.» Su indignación quedó sin eco, pues un siglo más tarde, Belisario, al saquear los tesoros de Gelimar, se llevó los libros sagrados de los Evangelios «relucientes de oro y adornados de toda clase de piedras preciosas».

—Señor Galván: los artistas y los estilos decorativos.

—Han sido muchos los que en el transcurso del tiempo han dado nombre a los estilos decorativos más característicos de la encuadernación.

—Hablemos de ellos, por favor.

—Mire usted, Aldo Pio Manuzio, Maioli y Grolier, en Italia, durante el siglo XVI, las decoraban con entrelazados geométricos desarrollados en las superficies de las tapas, dejando en el centro un espacio libre más o menos proporcionado para cartelas; estas lacerías las entremezclaban con filocreas muy estilizados, proporcionando gran atractivo a la decoración. Por otro lado, desde el siglo XVII, Francia ilumina con la radiante antorcha de sus múltiples creaciones el mundo artístico de la encuadernación: Clovis Eve, Le Gascon, Derome, Padeloup, Le Monnier, Marius Michel, Legrain y Paul Bonet.

—¿Y en España?

—En nuestra patria sobresale la labor de Gabriel de Sancha, con sus modelos de decoraciones muy estimados y codiciados por los bibliófilos; la presencia del jarroncito hace inconfundible sus encuadernaciones. Vicente Beneyto fue el creador del jaspeado de la piel, llamada «pasta valenciana», obteniendo un gran éxito. Todos ellos han empleado las técnicas más variadas del oficio: el dorado, que consiste en la estampación en caliente sobre la piel de unos motivos ornamentales, grabados sobre la superficie de unos punzones, denominados «hierros»; el gofrado, en el que no se emplea el oro, y el mosaico, o sea, la aplicación de pieles de colores finamente rebajadas de grueso para resaltar los dibujos. Aunque descrito así, de esta forma en que se pueda entender fácilmente, no crea usted que la cosa no tiene complicaciones.

—C sea, señor Galván.

—En resumen: que el dominio es largo y penoso.

—Digo yo, señor Galván: la continuidad de la profesión, aquí, en su casa, ¿está asegurada?

—No sólo asegurada, sino en marcha.

—Diga, diga.

—Están mis hijos. Y como siempre considero indispensable la debida formación cultural para destacar en la profesión, procuro que ella no les faltara. El mayor, An-

tonio, realizó los estudios del bachillerato en los Marianistas, con reválida en Sevilla. Luego hizo la carrera de ingeniero técnico industrial. Sus conocimientos de latín y literatura han contribuido a la acertada rotulación de muchos ejemplares y a la perfecta adaptación de decoraciones según las épocas y estilos literarios de los autores. Está casado y es padre de tres hermosas niñas. El otro, José, domina el lápiz perfectamente; dibujo y sensibilidad son indispensables en nuestra artística profesión, que él ejerce con riguroso esmero. Pinta algunos cuadros que constituyen su verdadero «hobby». Casado también, y con dos hijos.

Este abuelo que ahora me habla muy felizmente al recordar a los nietos, contrajo matrimonio en 1930 con una jerezana. Enviudo, y hoy vive entre su taller, que convierte en hogar cuando quiere, y en la casa de sus hijos.

—Los conocimientos de la Historia del Arte, en general —me dice—, y en particular de la encuadernación, son necesarios para no incurrir en desagradables anacronismos en las decoraciones, y también para ayudar a la imaginación en la creación de modelos originales.

—¿Exige muchas horas de trabajo esta profesión?

—Muchísimas; no tenemos horas, meses o años.

El encuadernador gozó de privilegios reveladores de la estima en que se ha tenido nuestro arte

—Oiga, ¿es el encuadernador el sastre de los libros?

—Verá usted: aunque el principal objeto del encuadernador es cubrir los libros, como la del sastre es vestir las personas, considero, no obstante, más acertado catalogarlo como médico de los libros. ¡Ay, perdón, doctores Villar, Cortés, y tantos otros! Veamos, veamos lo que quiero decir. Si la Medicina tiene como fin primordial el prevenir contra las enfermedades

Los conocimientos de la historia del arte y de la encuadernación son necesarios para no incurrir en desagradables anacronismos

que le está encomendada, al guardar entre sus tapas los más preciados tesoros del saber humano. La encuadernación protege, adorna y aumenta el valor del libro, asegurándole una mayor duración. Cuando la obra es de valor, debido a la calidad del escritor, del artista ilustrador, tipografía y papel empleado, entonces llega a ser un complemento de la tarea inicial, aportándole sus propias riquezas. «La encuadernación puede y debe adornar el libro que viste, pero antes de nada es necesario que lo proteja», dijo Anatole France.

No hay teléfono en el taller, con lo que ganan muchísimo estos artesanos en paz y tranquilidad. No obstante, de vez en cuando, vienen del bar Puente a decirles que son requeridos al aparato. Y allá va, padre o hijos, a ver quién es y qué desea.

—Las tapas del libro —me dice el señor Galván— son superficies capaces de recibir una decoración. Las primeras encuadernaciones resultaban de gran valor, pues se confeccionaban con ricos materiales de oro, marfil o esmaltes de Limoges, que se aplicaban sobre los libros sagrados o litúrgicos. Son los conocidos evangelarios de la época bizantina. Se refinó tanto el lujo, que San Jerónimo, indignado, llegó a escribir: «Los libros se